



NENA  
QUERIDA

William  
Saroyan

Autor de novelas y piezas de teatro, es en el género cuento donde William Saroyan sobresale como uno de los escritores más importantes de la literatura norteamericana de este siglo. Su mirada, llena de ternura, se dirige a los perdedores, a los seres atrapados en la gran máquina del éxito norteamericano y observa con delicadeza los pequeños detalles de la vida cotidiana. El relato que da título a este libro es una pieza antológica: el boxeador sentimental y enamorado, el gran gorila que se enternece con un disco del gramófono.

Este libro es para  
*Carol Saroyan*

Lo que en este librito se cuenta no es lo que terminaría diciéndote; pero que sea la primera entre muchas ofrendas de amor: un regalo fruto de todo cuanto he sido durante mis muchos años de vida, antes de verte.

## *Nena querida*

Era una de las habitaciones grandes de la séptima planta del Blackstone Hotel, en O'Farrell Street, San Francisco. Nada le impulsaba a ir, excepto la radiogramola portátil, un disco y la oscuridad.

Entró en la habitación sonriendo, y empezó a pasear, tratando de decidirse. Le quedaban seis horas por delante, y, además, no quería pensar en ello tanto tiempo.

Ya no veía la habitación. Durante el día, la persiana de la única ventana se bajaba para mantener el cuarto a oscuras. Por la noche, encendía la luz y dejaba la puerta entornada, de modo que sólo dejara pasar la claridad necesaria para no tropezarse con algo. De todos modos, tropezaba. No porque no viese, sino porque de nuevo estaba solo y no miraba. Ya nada le inducía a mirar.

Lo retenía todo en su memoria.

Y en el fondo de todo estaba el recuerdo de ella.

Paseaba despacio, yendo y viniendo, y tropezaba con el marco de las puertas, con las sillas y otros muebles, moviéndose sin darse cuenta, cegado por el recuerdo. De pronto, se detuvo, quitóse el sombrero y el abrigo, despejóse y sacudió la cabeza como hacía en el cuadrilátero cuando estaba aturdido.

No era nada.

Podía continuar como si no la hubiera conocido. Podía actuar alborotadamente y reírse con estrépito, y no tardaría en superarlo. Podía seguir viviendo como cualquier otro mortal, pero ¿acaso lo deseaba? Lazzeri afirmaba que esta-

ba en mejor forma que nunca; pero Lazzeri ignoraba lo que él sabía.

El aroma de sus cabellos, el sabor de sus labios y todo su semblante le asaltaban sin cesar. Sentía náuseas. Sonriendo, se sentó en la cama. Al cabo de un momento se levantó, se dirigió hacia el gramófono portátil, accionó la palanca y apoyó la aguja en el disco. Luego se tendió en la cama, boca abajo, y escuchó la música, recordándola y diciendo: «Nena querida, tu recuerdo es mi única verdad. Si algo hermoso me ha ocurrido en la vida es haberte conocido. En mi corazón no queda más que una sonrisa, la sonrisa de tu corazón en el mío cuando estábamos juntos».

Al sonar el teléfono, sabía que era Lazzeri. Se levantó y paró el gramófono.

—¿Joe? —preguntó Lazzeri.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Claro.

—¿Recuerdas lo que te dije?

—¿Qué me dijiste?

—Que lo tomes con calma.

—Eso estoy haciendo.

—No te pongas nervioso.

—De acuerdo.

—¿Qué te ocurre?

—He estado durmiendo.

—¡Ah! —dijo Lazzeri—. Está bien. Nos veremos a las nueve.

—De acuerdo.

—Te pasa algo —dijo Lazzeri.

—¡Déjate de tonterías!

—A ti te pasa algo —insistió Lazzeri—. Ahora mismo voy para allá.

—He estado durmiendo —insistió Joe—. Nos vemos a las nueve.

—Te encuentro un tanto raro.

—Estoy perfectamente.

—Hay alguien ahí contigo, ¿verdad?

—No.

—Joe —inquirió Lazzeri—, ¿qué te ocurre?

—Hasta las nueve —contestó Joe.

—¿No te habrás enfadado conmigo otra vez?

—No.

—Bueno, bueno —dijo Lazzeri—. Yo sólo quería saber si te pasaba algo.

—Estoy bien.

—Como tú digas. Si quieres estar solo, allá tú. Pero no te disgustes.

—Hasta las nueve —repitió Joe.

Volvió al aparato, lo puso en marcha, y luego resolvió no escuchar más la música. Eso es lo que haría. No escuchar más aquella música. Rompería el disco y regalaría el gramófono. Subiría la persiana; encendería todas las luces y abriría los ojos. No iría al cuarto más que a dormir. Y ahora, a los billares de Turk Street, a reunirse con los amigos. Jugaría una partida con ellos y los oiría hablar de naipes y caballos y de todas esas complicaciones sobre las que tanto entendían. Luego se daría una vuelta por algunos de los sitios que solía frecuentar, e invitaría a alguna antigua conocida, para que le contara qué había sido de ella entre tanto y le hablara de sus complicaciones. No estaba dispuesto a seguir solo un momento más.

Empezó a reír, primero calladamente y luego con fuerza. Se reía de sí mismo, de la mísera comedia de su dolor. Luego siguió riéndose de todo bicho viviente, y tuvo la impresión de que la vida volvería a su curso normal. Quien puede reír, puede vivir. Quien puede mirar las cosas bajo este aspecto, puede resistirlo *todo*. Mientras reía, *la* oyó reír con él, tan claramente como si se encontrara en la habitación. De nuevo le invadió la tristeza y dejó de reír, convencido de que era inútil.

La recordaba como si aún viviese, paseando a su lado por una calle cualquiera de cualquier ciudad, con su carita infantil y solemne, su aire tímido y lleno de inocencia junto a él, su voz tan joven y agradable que le impulsaba a pararse no importa dónde para estrecharla entre sus brazos mientras ella le advertía, seria: «¡Joe, nos están mirando!».

Se acordaba de ella, sola con él en una habitación cualquiera, de su presencia, bondad y belleza primeras de su vida. Recordaba la dulzura de sus labios, y el delicado latido de su corazón, aumentando hasta convertirse en un sollozo repentino que le inspiraba una ternura tan intensa que casi era feroz, una ternura que siempre había ocultado porque jamás encontró a nadie con quien manifestarla.

Reanudó sus paseos por el lóbrego cuarto, recordando cuán desconsiderado había estado con ella la noche que volvió a casa y la encontró escuchando aquel disco. Él señaló el aparato diciendo: «¿De dónde ha salido eso?».

La recordaba corriendo hacia él y echándole los brazos al cuello. Recordó cómo la había rechazado y cómo ella, entonces, se apartó de él, explicándole: «Sólo he pagado un plazo. Les diré que vengan por él, si tú quieres. Creí que iba a gustarte».

El disco seguía sonando, y aunque él sabía que era muy de su gusto, y que lo necesitaba, y que debería haberse dado cuenta mucho antes, se empecinó en su aspereza. Ella estaba a punto de llorar, y no sabía dónde ir ni qué hacer. Se acercó tímidamente al aparato, y ya se disponía a pararlo cuando él le gritó que lo dejara. Ella se escabulló casi corriendo a la otra habitación, y él permaneció en pie, frente al gramófono, con el sombrero puesto, hasta que terminó el disco. Cerró luego la gramola, volvió a la ciudad, y no regresó hasta las cinco de la mañana. Ella dormía. No se explicaba qué derecho tenía a conocerla, a hablarle, a vivir con ella bajo un mismo techo, a tocarla. Se inclinó sobre el rostro dormido, rozó sus labios con los suyos, y la vio abrir los ojos. «¡Perdóname!», suplicó.

Ella se incorporó y le abrazó, y él la besó en los labios, en la nariz, en los ojos, en las orejas, en la frente, en el cuello, en los hombros, en los brazos, en las manos, diciéndole mientras la besaba: «Nena, recuerda siempre una cosa. Te diga lo que te diga, yo te quiero. A veces pierdo el control, pero no olvides que te quiero. Tenlo siempre presente».

Se desnudó, se metió en la cama y no tardó en dormirse. Cuando ella se acostó a su lado, él se despertó y la abrazó riendo, mientras la muchacha susurraba su nombre con aquella actitud tan seria que adoptaba cuando a él se le pasaba el enfado.

Esto había sucedido en Ventura, donde tuvieron alquilado un piso, porque eran tres los combates que tenía pendientes cerca de allí: uno en Los Ángeles, otro en Hollywood, y el tercero en Pismo Beach. La llevó al combate de Hollywood, la noche en que peleó contra Kid Fuente, el indio, porque sabía que ella tenía grandes deseos de verle en el *ring*. Hizo reservar para ella un asiento en primera fila, y, después de la pelea, le dijo que había estado sentada junto a Robert Taylor y Bárbara Stanwyck y que habían sido muy amables con ella.

—¿No les habrás pedido un autógrafo? —había dicho él.

Y ella, tras un instante de rubor, contestó:

—Pues, sí Joe, se lo he pedido.

—Vaya —objetó él—; ellos deberían habértelo pedido a ti.

—Pero si me han tratado muy bien —replicó ella—. Y han disfrutado mucho viéndote pelear.

—Ya, ya —respondió él—. No me extraña. Ese bruto de indio por poco me hace picadillo. No sé ni cómo he ganado. Supongo que se ha cansado de atacar. Como siga así, en tres o cuatro meses, sonado.

—Estabas maravilloso en el *ring* —dijo la muchacha.

Se acordaba del combate por lo mucho que ella lo sacó a relucir en sus conversaciones. Había sido a seis asaltos.



Durante el cuarto estuvo a punto de caer. Ella se había dado cuenta y siempre hablaba de ello; hasta que un día dijo:

—Casi se me saltaban las lágrimas.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó él.

—Es que me acuerdo del combate —explicó—. Todo el mundo gritaba, y yo no sabía si era en tu favor o contra ti, y por poco no me eché a llorar.

—Pero ¿cuándo fue eso?

—No lo sé. ¡Estaba tan exaltada! El otro atacaba duro y tú estabas en un rincón, y todos se pusieron en pie, gritando. Era como si me pegaran a mí.

Se volvía a ver arrinconado, bajo una lluvia de golpes, sin acertar a cubrirse, sin saber si aquello era el fin, y diciéndose: «A este paso no tardará en tumbarte». Intentaba una y otra vez escapar, pero no encontraba la salida, hasta que, de pronto, el indio cedió, agotado, y él le dijo entonces: «Está bien, Kid, se acabó». Se daba cuenta de que podría salvar la situación, pues no quedaban más de quince segundos de aquel *round*; y durante ellos se defendió como buenamente pudo. El indio no podía más, y, a punto de sonar el gong, encajó un golpe muy duro y cayó hacia atrás, mirándole con expresión de asombro, sin comprender cómo era posible aguantar tanto y mantenerse tan firme.

El gong salvó al indio; pero ya no hizo nada bueno, y lo derribó una vez en cada uno de los asaltos restantes.

—Me vi apurado —dijo a la muchacha—. En justicia debí caer; pero el indio se cansó. No se puede golpear así en mitad de un asalto y pretender seguir al mismo ritmo hasta el final.

—Pero estuviste magnífico —dijo ella—, y no se te veía furioso. ¿No te enfadas cuando luchas?

—¿Enfadarme? —replicó—. ¿Y con quién? Aquel pobre indio combate sólo por un poco de dinero, lo mismo que yo. Ni él tiene nada contra mí ni yo contra él. Si puede derribarme, mejor para él, y si yo lo consigo, mejor para mí.

—Pues casi lloré —dijo ella—. Después estuviste magnífico, pero cuando te acorraló en el rincón, lo único que veía era a una persona encajando un golpe tras otro.

—Tampoco a mí me gustaba —replicó él.

Se alegraba de que ella no hubiera presenciado algunos de sus peores combates, los del principio, en los que no hizo más que cosechar golpes. Después aprendió a boxear y a librarse de más de un tropiezo. Casi nunca se agarraba a su contrario; pero si las cosas se ponían muy feas y no quedaba otro recurso, no venía mal descansar unos segundos y tratar de planear una estrategia para llegar con bien al final del asalto. Generalmente terminaba los asaltos dignamente, creciéndose si se había visto apurado en el comienzo. Claro es que poseía facultades, buenas piernas, y ni los golpes más duros le hacían perder estabilidad.

Después de ver la pelea contra Kid Fuente, ella ya no quiso asistir a ninguna más. Los días de combate se ponía enferma, se quedaba en la cama, y no hacía más que rezar. A veces se entretenía oyendo el disco, que había llegado a convertirse en la música de los dos, la canción de su vida en común. Y cuando él regresaba a casa, la encontraba pávida, abatida y llorosa, escuchando la canción. Él la estrechaba entre sus brazos largo rato, advirtiendo el sobresalto de su corazón que, poco a poco, recobraba la tranquilidad perdida y, luego, apartándola un poco de sí, la miraba a los ojos, y ella sonreía. Finalmente, él explicaba: «Son sólo cincuenta dólares extra, nena, pero he ganado». Ella sabía que no era vanidoso; comprendía lo que quería decir, y le preguntaba si quería que le preparase algo de su gusto. ¿Huevos con jamón? ¿Whisky con soda? ¿Qué se le antojaba? Y después andaba de un lado a otro con su delantal, atareada con la comida y los platos, poniendo la mesa.

Él solía comer aun sin tener apetito. Precisamente por eso no había perdido el combate. De haber sido derrotado, se hubiese mostrado de mal humor, tan furioso consigo mismo que la hubiera tratado groseramente, y ella no hu-

biera sabido qué hacer; pero en medio de su vileza se interrumpía siempre de pronto para decirle en voz alta:

—Y no seas tonta, no hagas caso de nada de lo que digo, porque estoy como loco. He echado a perder el combate.

Cuando volvió a pelear contra Sammy Kaufman, de Nueva York, estaba hecho una pena. Le pesaba la cabeza, tenía hinchados los labios y un temblor nervioso en el párpado izquierdo; le dolían todos los músculos y no cesaba de maldecir, aunque había peleado bien y logrado combate nulo.

Sin embargo, no se portó mal con ella aquella noche, y ella le suplicó:

—Joe, deja el boxeo. Puedes ganar dinero de otra forma. No necesitamos mucho.

Comenzó a pasear por la habitación, hablando solo. Luego se calmó de pronto, apagó las luces, puso el disco en la gramola y se sentó al lado de ella para escuchar su canción. Era de Jan Sibelius, de la *Suite King Kristian*, y se titulaba «Elegía». Lo hizo sonar tres veces seguidas, y luego se durmió, exhausto, y ella continuó poniendo el disco hasta que él se despertó media hora más tarde. Estaba sonriente, y le dijo a la muchacha:

—Sí, me gustaría dejarlo, nena, pero no conozco otra manera de ganarme la vida.

A la semana siguiente probó suerte en el juego y perdió.

Desde entonces no dejó de pelear. Habían viajado juntos, siguiendo la costa en ambas direcciones, subiendo hasta San Francisco, Sacramento, Reno, Portland y Seattle, y bajando a las ciudades costeras y del llano, interesadas en el boxeo, a Hollywood, Los Ángeles y San Diego. Hasta que un día se enteró. Desde el principio, un miedo terrible se apoderó de él, a pesar de que se sentía muy feliz. Trató de serenarse y de animarla, pero no cesaba de pensar en ello. ¡Si ella misma era aún una niña! ¡Tan joven! ¡Tan menu-

da! No sabía qué hacer. Recordaba que ella le había rogado una noche:

—Déjame tenerlo, Joe; por favor. ¡Me hace tanta falta!

—¿Crees que yo no lo deseo? —había contestado él—. ¿Crees que no quiero que lo tengas? Es mi mayor deseo; siempre lo ha sido.

Luego empezó a murmurar, hablando consigo mismo.

—¿Qué dices, Joe? —preguntó ella.

—¿Te encuentras bien? —dijo él—. ¿Crees que podrás resistirlo? No tienes miedo, ¿verdad?

—Un poquito —dijo ella—, pero me figuro que todas lo tienen la primera vez.

Los meses de espera fueron los más felices de su vida. Todo lo bueno que había en él salió al exterior, a pesar de que la preocupación no le abandonaba. Incluso en el *ring* se portó mejor que nunca. Sus combates fueron buenos, con una sola excepción, el que sostuvo contra el campeón, Corbett, y que terminó en combate nulo, muy discutido por cierto, pues unos cronistas lo señalaban como ganador, y otros atribuían a Corbett el triunfo, y todos pedían la revancha, especialmente Lazzeri.

Así que esa noche iba a celebrarse la repetición del combate entre él y Corbett. Le quedaban seis horas hasta la pelea. Si ganaba, él y Lazzeri serían al fin ricos. Creía que podía vencer; pero ¿y qué, si ganaba? ¿Qué le importaba ya el dinero? Suponiendo que ganara, ¿adónde iría después del combate?

—Estoy muerto —dijo—. ¿De nada sirve engañarse?

Recordando a la muchacha, se quedó dormido, y al despertar fue al teléfono, sin darse cuenta, y pidió a la telefonista del hotel una comunicación con Corbett, en el gimnasio de Ryan, y que le llamara de nuevo. Un momento después sonó el teléfono; lo cogió y oyó la voz de Corbett:

— ¡Hola! ¿Eres tú, Joe?

—Ralph —contestó Joe—, quiero decirte que esta noche salgo a ganar. Creo que ya es hora de que te retires.

Al otro extremo de la línea, Corbett rio a carcajadas y le insultó en italiano.

— ¡Ya te arreglaré yo las cuentas! —dijo—. Ya sabes que siento debilidad por los boxeadores agresivos.

—No digas luego que no te previne —dijo Joe.

—Te veré en el *ring* —repuso Corbett.

En el *ring*, al darse las manos, Joe le advirtió:

—Ésta va a ser tu última pelea.

Corbett no podía figurarse que estaba hablando consigo mismo.

—Enterado, Joe —dijo.

El primer asalto fue rapidísimo y feroz. Ni siquiera los periodistas se lo explicaban. Lazzeri estaba que echaba chispas.

—Joe —le dijo—, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? Así no puedes ganar a Corbett. Ten calma. Síguele la corriente.

El segundo asalto fue más rápido y salvaje que el primero. Probablemente estaban nivelados, pero sólo porque aún no se habían agotado sus fuerzas. La música sonaba incesante dentro de él, fundiéndose con el griterío de la multitud y flotando en su interior, mientras su corazón seguía hablando a la muchacha, soñando que aún vivía, que estaba en casa escuchando la canción, su canción, y aguardando a que él volviera y la abrazara como otras veces.

Lazzeri, después del segundo asalto, quería pegarle.

—Joe —le dijo—, hazme caso. Atente a su manera de llevar el combate. Te va a matar.

(«¡Eso es lo que quiero! —se decía en sus adentros—. ¡Nena querida, eso es lo que quiero!»).

El tercer asalto fue, si cabe, más rápido que los anteriores, y al salir de una agarrada, Corbett le dijo:

—¿Qué te propones, Joe?

—Dejarte fuera de combate —dijo Joe.

Corbett se echó a reír, y reanudaron el martilleo, golpe a golpe. Los periodistas se miraban unos a otros, tratando

de comprender lo que ocurría.

Lazzeri estaba fuera de sí.

—Joe —dijo—, no quiero saber nada más de ti. Te he dedicado seis años. De un pelele he hecho un gran boxeador. Y ahora estás malogrando el campeonato, la oportunidad que sería el premio a nuestros esfuerzos. Puedes irte al infierno, Joe. Espero que te tumbe en el próximo asalto.

Durante el cuarto asalto, las cosas se pusieron al rojo vivo. La ceja izquierda de Corbett, partida, sangraba abundantemente, y él parecía desconcertado y con menos fuerzas que en otras ocasiones.

(«¿Qué diablos pasa? —decía para sí—. ¿Va a fallar Corbett precisamente ahora?»).

Después del asalto, dijo Lazzeri:

—Joe, creo que ya lo tienes, pero después hablaremos. Tu próxima pelea será en el Madison Square Garden. Iremos a Florida a pasar una temporada. Pero ya hablaremos a su debido tiempo.

En el quinto asalto, Corbett luchaba con lentitud, sus golpes partían sin fuerza y parecía aturdido. Hacia el final del asalto cayó y se sostuvo sobre una rodilla hasta que contaron nueve.

—Estás haciendo la mejor pelea de tu vida —le dijo Lazzeri—. Los periodistas no saben qué hacer contigo. Eres un campeón de los pies a la cabeza, Joe.

El combate tuvo que suspenderse hacia el final del sexto asalto, porque Corbett tenía el ojo tumefacto.

Lazzeri estaba loco de alegría, pero no acertaba a explicarse lo ocurrido. Era evidente que Joe había efectuado un combate estupendo, que su estilo, durante aquellos seis asaltos, había sido impecable. Y, sin embargo, algo le decía que no todo había salido bien.

—Joe —le dijo, una vez en el coche—, ya eres campeón. ¿Qué es lo que te pasa?

—No voy a pelear en tres o cuatro meses, ¿verdad?

—Dos o tres, al menos —contestó Lazzeri—. ¿Por qué?

—Tenemos más dinero que nunca, ¿no?

—Tenemos bastante para los dos, y para dos años por lo menos —dijo Lazzeri—. Pero ¿por qué? ¿A qué viene eso ahora?

—No hagas caso —dijo. («¡Nena querida!», decía para sí)—. Me creo con derecho a celebrarlo un poco.

—Claro que sí —dijo Lazzeri—. No quiero que te apolilles. ¿Qué te apetece hacer?

—Reírme. Quiero reírme —dijo—. Subo a mi cuarto. Tráete a unas chicas. Y *whisky*. Quiero reírme.

—Claro —dijo Lazzeri—. Claro, Joe. Organizaremos una fiestecita. Yo también necesito reírme después del susto que me has dado.

Al entrar en su habitación, encendió todas las luces, quitó el disco de la gramola y, por un momento, pensó en romperlo. Pero fue incapaz. Colocó el disco debajo de la cama, como para esconderlo. Y empezó a dar paseos por el cuarto, hasta que el malestar se apoderó de él. Pero esta vez era más fuerte que nunca, y, sentado en la cama, rompió a llorar.

Cuando Lazzeri y las dos muchachas entraron en la habitación, estaba a oscuras, y sólo un débil rayo de luz se filtraba por la puerta del cuarto de baño. Se oía la gramola, y el boxeador, sentado en la cama, lloraba con la cabeza entre las manos.

— ¡Marchaos, haced el favor! —dijo en voz baja.

Sin decir palabra, Lazzeri se llevó a las chicas.

—Ya se le pasará —dijo.

—Nena querida —siguió diciendo el boxeador una y otra vez.